

FRANCISCO SICARDI: ¿EXTRAÑO O HETERODOXO?

Francisco Sicardi: Strange or heterodox?

Cecilia CORONA MARTÍNEZ

U. Nacional de Córdoba
ceciliacoronamartinez@hotmail.com

Resumen

Francisco Sicardi escribió los cinco tomos de su *Libro extraño* a lo largo de cinco años, que llegan hasta principios del siglo XX (1894-1902); obra que, por su extensión y su temática, intenta brindar un panorama de un periodo complejo de la historia nacional y particularmente de la historia de Buenos Aires, donde sobresalen revolucionarios, prostitutas y anarquistas.

Palabras claves: Francisco Sicardi, heterodoxia, generación del 80, anarquismo.

Abstract

Francisco Sicardi wrote five volumes of his strange book over five years, arriving until the early twentieth century (1894-1902); work for its size and its theme, seeks to provide an overview of a complex period of national history, particularly the history of Buenos Aires, with outstanding revolutionaries and anarchists prostitutes.

Keywords: Francisco Sicardi, heterodoxy, generation 80, anarchism.

Introducción

Francisco Sicardi (1856-1927), médico, escribió los cinco tomos de su *Libro extraño* a lo largo de cinco años, que llegan hasta principios del siglo XX (1894-1902).

Por su extensión y su temática, la obra intenta brindar un panorama de un periodo complejo de la historia nacional y particularmente de la historia de Buenos Aires.

Fiel a la postura científicista vigente, el autor emplea los recursos del realismo y del naturalismo en boga; aunque no deja de lado la estética tardo-romántica y también se deja influir por el modernismo triunfante.

Además de esta mezcla que caracteriza la escritura, sus páginas incluyen las historias de personajes provenientes de diversos estratos sociales, descritos a la par de los espacios que habitan. Siempre desde la perspectiva del narrador, se presentan familias, se entrecruzan historias, donde la posición de Sicardi surge de manera clara y se manifiesta no solo en los prólogos, sino también en largas tiradas intercaladas en la narración.

La multiplicidad que se evidencia en esta breve descripción, lleva a numerosas líneas de lectura: salud y enfermedad (física y psicológica), espacios urbanos y suburbanos, centralidad y marginalidad, pensamientos políticos divergentes. En una novela de fuerte carga ideológica (marcada por el narrador), también resulta altamente significativa la construcción de personajes fronterizos y subalternos.

I. Imagen de nación

La imagen de nación presente en el texto surge tanto de la visión del pasado de la república, como en la evaluación del presente y las proyecciones para el futuro. El relato toma como eje la historia del médico Carlos Méndez, desde la juventud hasta la muerte. A partir de allí el texto se ramifica en una

multitud de personajes, que adquieren relevancia en cada uno de los volúmenes. De esta diversidad, donde parece haber todo, deviene también una particular idea de nación, que mira continuamente hacia el pasado, considerado este en una dimensión heroica.

Los personajes moralmente más íntegros de la novela son dos ancianos: Doña Catalina, la madre del doctor Carlos Méndez y el abuelo de Dolores –la esposa del médico–. Cada uno de ellos posee virtudes republicanas y humanas dignas de ser reconocidas e imitadas.

Doña Catalina modeliza las antiguas matronas porteñas: entregada por completo a los suyos, alejada de la vida social y practicando la caridad con los humildes y necesitados. Esta rectitud sirve de guía a la familia, pues los frecuentes desvíos de su hijo encuentran en ella la salida y el cobijo. Desde la perspectiva médica, es uno de los escasos personajes carentes de alguna patología psicológica; aunque las conoce y puede contenerlas.

Se trata de un personaje sin fisuras: fiel al recuerdo del marido muerto joven, su principal característica es el afecto que brinda tanto a su familia de sangre como a otros personajes cercanos a ella; ejemplo de ello es su visita Genaro, quien se encuentra en el hospital, afectado de *delirium tremens* provocado por el alcohol.

La función de Catalina como transmisora de antiguas tradiciones se pone en evidencia en tanto es la poseedora de un viejo libro que cuenta una historia de amor ocurrida en la España de las cruzadas: la leyenda de los condes de Valbuena. Esta historia se incorpora de manera completa en la novela: se trata de un relato romántico, tanto por el tema como por el discurso utilizado. En él triunfa el amor y a pesar de todos los factores en contra, los enamorados pueden unirse.

Este texto que lee a su hijo cuando niño, luego es leído por este a su propia hija, Angélica, en un claro ejemplo de la pervivencia de valores a pesar del paso del tiempo y de los cambios de la modernidad.

No hay en Catalina ningún defecto, es inmaculada casi en el sentido religioso de este adjetivo. Persiste en ella la imagen de la mujer angélica, que no es en este caso una joven heroína. A pesar de esta vida “angelical”, ya muy anciana también manifiesta cierta conducta que puede calificarse por lo menos como “extraña”: cuando acude al lecho de muerte de Hersen, un poeta bohemio y adicto a la morfina, no duda en suministrarle la droga aun en contra de la recomendación médica, a fin de aliviar sus últimos momentos. La imagen de esta mujer creyente y virtuosa inyectando morfina a un hombre consumido por sus excesos, en un ámbito que no es un hospital, constituye uno de los momentos que justifican el título de la novela.

Nos detenemos en el capítulo del tomo IV que describe minuciosamente la habitación de Hersen, con características marcadamente “decadentes”. Lo más peculiar es la presencia de una estatua que acompaña al enfermo: representa a una mujer de manera tan fiel que en la oscuridad se confunde con un ser vivo.

Por todas partes perfumes, como de rosas secas mezclados a los átomos de luz. [...] Sobre la mesa de noche, pequeñas estatuas de marfil y delicados bustos de marquesas luisquincenas con el nacimiento de los pechos al descubierto, paisajes en las paredes de naturalezas imaginadas en el ímpetu de algún delirio enfermizo, nítidas delicadísimas, filigranas de la línea y de la luz y grandes cuadros con mujeres desnudas cubiertas de brumas... y allá, en el fondo, sentada en un rincón inmóvil y mudo, un traje largo de terciopelo

negro, flexible y cálido, con un gran cuello de encaje de Inglaterra. [...] La efigie de una estatua de mármol completaba la persona fría cubierta por el vestido negro y se levantaba sobre los reflejos funerarios del terciopelo con toda su espléndida blancura. Era una efigie de muerta con la mejilla excavada en un hueco sombrío [IV, cap. 3¹].

Se destaca en el texto el carácter “luminoso” de Catalina, frente a la enfermedad psicológica y física y los oscuros vericuetos del alma del enfermo, quien reconoce en la anciana a su benefactora y agradece la ayuda que le brinda.

Se postula en esta imagen femenina, lo sólido, lo prudente, lo maternal; en contraposición al vicio y la soledad, a una forma de vida –y un estilo literario– evanescente y carente de valores éticos.

El arquetipo que constituye Catalina es el de la mujer-madre, quien cuida, cura, consuela; dicho modelo se continúa en la construcción del personaje de Dolores –su nuera– y de Angélica –su nieta–. La maternidad parece ser un núcleo dador de virtud, ya que hay otras mujeres que aparecen fugazmente y son respetadas en su rol materno; particularmente las madres de los combatientes muertos y heridos en las luchas civiles. Estas mujeres virtuosas, cuyo centro es el hogar, son los modelos domésticos, que pueden continuarse en las generaciones y se contraponen en el texto a las mujeres “perdidas”, las prostitutas.

Así para Carlos Méndez, a lo largo de la historia nacional “las madres fueron la sensatez, el amor al trabajo, el lábaro de la resurrección” [IV, cap. 7]. Incluso el amor de su propia esposa se caracteriza por ciertos rasgos maternos: “[...] y sentía

¹ Dado que citamos por una edición digital, solo indicamos el tomo, el “Libro” (cuando corresponde) y el capítulo.

entonces ser más que su novia, una afectuosa y grande alma de madre” [I, I, cap. 11].

La maternidad se asocia a la divinidad, pues en una transparente alusión a la Virgen María, Catalina es presentada como una presencia santificada: “Le pareció que una aureola de estrellas rodeara su cabeza encanecida y que algo de la majestad celeste fuera circundándola poco a poco. Era aquella gran madre de la leyenda [...]” [I, II, cap. 11].

En cuanto al abuelo de Dolores, de quien no se sabe el nombre sino solo el apellido: “del Río” (¿del Río de la Plata, quizás?) y la avanzada edad. Se lo caracteriza como el último representante de una “raza” desaparecida, participante de la historia nacional desde los sucesos de Mayo. A estos héroes alude reiteradamente el narrador; se trata de una heroicidad que si bien se ha perdido en la contemporaneidad del relato, requiere ser recordada y llevada nuevamente al presente, a fin de servir de modelo a una sociedad heterogénea.

Como la casa que habita, el anciano pertenece a un pasado irrecuperable, cuyo recuerdo ni siquiera es respetado por los contemporáneos. Luchador en las guerras de la Independencia, perdió a sus hijos en las luchas civiles (luchando contra el rosismo) y no tiene descendientes varones. La ruptura del linaje que esto significa implica que ya no es tiempo de guerras, sino de otro tipo de acciones, más eficaces para pelear por la patria. El “anacronismo” de este personaje aparece en sus propias reflexiones:

“Antes –dijo del Río–, en esta ciudad, cada uno era un glorioso, de erguido y temerario rostro, y había hazañas en las páginas del libro de nuestras familias, cuando desafiábamos airados las inciertas oscuridades del porvenir, la mano puesta sobre el puño de la espada. Ahora no es así... Somos viejos y muy poca gente se acuerda de nosotros” [I, I, cap. 11].

La pareja arquetípica que Catalina y Del Río podrían componer está rota, pues marca un modelo ya envejecido para la nación de principios del siglo XX.

En contraposición al pasado heroico representado por los ancianos, se presenta una ciudad cosmopolita donde los valores y modos de vida están en permanente transformación. En efecto, la ciudad de Buenos Aires –escenario de la novela– se convierte en emblema de la historia y de la sociedad argentina. A la manera biologicista de la época, se la ve como un ser viviente de características fuertemente heterogéneas, ya que se la califica de “histórica” [I, II, cap.7), y a la vez se la describe como bullente de vida: “Su sangre es roja y sana. [...]. Su musculatura es robusta y dominadora. Tiene el corazón alegre, el estómago lleno y el alma buena. Es la ciudad feliz y rica” [III, cap. 1]. En síntesis, una suerte de adolescente algo confundida que sufre “metamorfosis violentas” [III, cap. 1].

Catalina recuerda el antiguo paisaje de Buenos Aires, cómo los suburbios antes eran campos poblados por criollos, viviendo a ritmos distintos, en un pasado que se describe con colores de égloga: “Así en algunos años asistió a la metamorfosis del suburbio. Vio desaparecer el rancho y surgir las casas de dos piezas y cerco de rojo ladrillo y llegar hasta la calle como un crecimiento de su cuerpo sano y robusto [...]” [IV, cap. 2].

Esas modificaciones han afectado también a los espacios emblemáticos de la ciudad, que necesitan ser revalorizados por las nuevas generaciones:

[...] la plaza de Mayo, casi desierta. [...] En frente, la sombra de la Catedral, a la derecha el río y la casa de los virreyes, a la izquierda la entraña iluminada de la Avenida. [...] Todavía es y será esa plaza la gran pupila de la nación, que mira al río y a la pampa, las dos riquezas [III, cap. 1].

El centro del país es Buenos Aires, y la plaza de Mayo es el corazón de la ciudad.

Los edificios que la circundan son testimonios de la historia nacional, que nacida en los sucesos de Mayo, ha pervivido, con caídas y destellos, como memoria inmutable de las glorias patrias:

Aparecían los monumentos, en un fulgor de escultural magnificencia, como bloques de gloria; la Catedral a la izquierda severa y majestuosa, donde el pueblo se congrega en los días triunfales de la patria; el puerto enfrente, dibujando en el éter lejano y oscuro una selva de mástiles, los brazos gigantescos que llevan y traen la vida; el Capitolio rosa pálido, donde los gobiernos han escrito más de una vez capítulos de honor humano, para fijar, en letras de oro, los grandes ideales de tolerancia mutua [...]. En el centro un monolito; la pirámide, con este sencillo epígrafe: “Mayo” [...] [V, cap. 5].

Pasado y presente

El pasado nacional se contrapone a un presente de “existencia vertiginosa” [I, cap. 1]: hay un antes y un ahora en la caracterización de la ciudad, de los habitantes del país, de los trabajadores y aun de los profesionales.

Las diferencias entre el pasado y el presente se advierten en numerosos aspectos de la vida cotidiana, desde los médicos², caídos en la “degeneración de aquella gran nobleza del ejercicio de su profesión” [I, I, cap. 4]; hasta los jóvenes, que son filósofos de la desesperación [I, I, cap. 6].

² “Carlos Méndez era médico. En un tiempo eso significaba alguna cosa excelsa. Ahora que se ha llegado, hasta creer en la alquimia y se han establecido consultorios nigrománticos, mejor es doblar la hoja.” Libro I, cap. I).

La impronta darwinista, si bien no es explicitada con frecuencia (“Yo no puedo negar la verdad de la herencia [...]” [IV, cap. 1], aparece en diversas ocasiones, como la alusión a la presencia de “atavismos” que aun no han sido superados en la raza española y la existencia de una “*vieja raza*”, cuya sola razón de existir era la lucha por lo general fratricida –a la manera de la visión sarmientina–. En consecuencia, cuando se caracteriza a ciertos personajes contemporáneos, se ve en ellos la impronta indígena: “El rabo de Namuncurá aparece de cuando en cuando entre los faldones de su frac y más de una vez en las calles ha podido oírse el alarido de la toldería” [III, cap. 1].

Sin embargo, se considera al gaucho como parte del pasado argentino; al igual que el indio se trata de una raza vencida y superada. El país que está construyéndose es producto del trabajo de muchos: no sólo de los criollos sino también de los inmigrantes. Estos son detalladamente descritos según su origen racial: franceses, vascos, italianos, ingleses, alemanes aparecen como hacedores de la gran nación futura. Resulta significativo que en el extenso recorrido por las características de estos inmigrantes, no aparezcan mencionados aquellos otros, provenientes de países no europeos, como judíos o árabes. Todas estas “razas” son ignoradas por el narrador y por quien aparece en esta ocasión como su vocero: Manuel Paloche, para quien la “creación de esta sorda lucha de razas es el hombre argentino. Todos los tipos de la tierra contribuyen a formar su tipo físico. La capital produce lo más perfecto” [II, cap. 3].

En contraposición a la actividad incansable de los inmigrantes, quienes contribuyen al crecimiento de la nación, se encuentran los adalides de la revolución política (Desiderio, identificado con Leandro N. Alem) y, en especial, los profetas de la revolución social: los anarquistas con Germán Valverde a la cabeza.

Si bien el riesgo de la revolución política ha desaparecido, persiste el peligro libertario. La cuestión social requiere atención, y ante ella se proponen tres posiciones contrapuestas: anarquistas, obreros católicos y trabajadores independientes de ambas posturas.

II. Revolucionarios

En el relato se entrecruzan las múltiples tensiones que atravesaban la sociedad bonaerense en el periodo de entresiglos. La introducción de ideologías de izquierda, de las cuales la más importante fue el anarquismo; y el surgimiento de nuevos partidos como el radicalismo, modificaron definitivamente la composición política tradicional. La “revolución” ya no es solo la lejana de Mayo, sino una opción posible para lograr cambios sociales trascendentes.

Ya marcamos la fuerte impronta de la contraposición entre el pasado glorioso de la Nación y el presente del relato (que es el del narrador). Ese pasado, construido por los hombres que hicieron la emancipación y fundaron el país, es reemplazado por un presente donde coexisten las luces y las sombras de la modernidad.

La revolución ha perdido las mayúsculas de Mayo, cuando esa idea era inseparable de las acciones emancipadoras que concluyeron con la formación del Estado nacional.

A partir de la década del setenta, el concepto de revolución cambia. Junto con la inmigración, se introducen las ideas anarquistas y socialistas. Se convierte ahora en algo peligroso, que arrastra connotaciones de alteración del orden constituido y erigido –presuntamente– en respuesta a las necesidades y a la esencia misma de la nación.

Es frecuente encontrar en textos de principios del siglo XX la expresión “revolución maximalista”, adjetivo este último que,

según la RAE, se refiere al “partidario de las soluciones más extremadas en el logro de cualquier aspiración” [1992: 1339], y que en ese entonces se empleaba para aludir a posturas ideológicas muchas veces divergentes entre sí, pero que –para el pensamiento hegemónico– coincidían en el carácter anti-patriótico de sus intenciones de cambio político o social basado en la lucha armada.

Paralelamente, se encuentran las acciones llevadas a cabo por la actual Unión Cívica Radical, que tuvo como primer líder a Leandro N. Alem (1842-1896), de activa participación en la Revolución del 90 y fundador del partido en 1891³. Ante la existencia del fraude electoral, se decidió por la revolución y en 1893 se produjeron una serie de levantamientos tanto en la ciudad de Buenos Aires como en diversas capitales de provincia. Estos movimientos fueron reprimidos violentamente, y Alem se suicidó en 1896.

En la novela de Sicardi, el personaje que remite a Alem se llama Desiderio, el caudillo. Se lo construye como un hombre fogoso, cegado por su afán de cambiar los destinos del país. Nunca se menciona el partido que dirige, sino que se lo presenta como un orador que sabe inflamar al pueblo, llevándolo a la guerra civil.

El caudillo es un exaltado que, ante la experiencia del sufrimiento del pueblo y de las injusticias sancionadas por los poderosos, se inmola por sus ideales. Se trata de un idealista que cree en lo que proclama y que ha entregado su fortuna y su vida al servicio de la causa:

³ Los radicales fueron liderados luego por Hipólito Yrigoyen, sobrino de Alem. En sus manifiestos de 1905, el líder reclama para la UCR la paternidad de la revolución, entendida esta como “protesta armada” ante un régimen insostenible y como el hecho más importante después de la Revolución de Mayo. El 13 de mayo de 1905 proclama: “La revolución está en la ley moral de las sociedades, y ni es dado crearlas ni es posible detenerlas, sino mediante reparaciones tan amplias, como intensas son las causas que las engendran” [cit. por Del Mazo: 83].

Alma vibrante con energías hasta el heroísmo y generosidades hasta la miseria suya; por eso su mansión de rico heredero se transformó en tugurio. Un batallador con capacidad moral para el martirio. [...] Actitud y gesto de apóstol y palabra de iluminado; poeta, cuya oración suena con algo de la tristeza del salmo; [...] un ingenuo de recia voluntad y convencido de su divina misión en este país [III, cap. I].

Sin embargo, esta obsesión y encierro en una idea implica también la ceguera emocional que le impide reparar en el amor que por él experimenta Adela Paloche.

El ejemplo de su entrega y su oratoria apasionada logra la adhesión tanto de militares como de civiles, de trabajadores y de muchos jóvenes, que lo abandonan todo en pos de la idea que Desiderio les transmite.

Empleando un estilo realista, el narrador se extiende en la descripción de los enfrentamientos entre las fuerzas del gobierno y los rebeldes:

El estruendo de los vivos y el estampido de los balazos saltar los hizo y atropellar el tumulto, revólver contra revólver. Después el arma blanca... Algunos de los facinerosos cayeron con las tripas afuera y sobre ellos, al rato, el cuerpo herido y mutilado de los jefes. Así en la tiniebla fue una horrenda bacanal. La sangre corría por la cubierta y las ropas de los miserables estaban empapadas [III, cap. IV].

Como es constante en el texto, se posiciona ante su relato y acude a la representación de la figura femenina, particularmente materna, para mostrar los resultados de las – según su criterio– inútiles luchas fratricidas:

Poco a poco el sueño vino; pero sin respiración y sin latidos, el descanso eterno de una cosa inerte resbaló

por el pecho de la madre manchándolo con sangre. Ya no tenía hijo, y ella lloró con un sollozo profundo sin desesperación y sin gritos, besando aquella pobre cabeza muerta [III, cap. IV].

Desiderio dialoga en el texto con Manuel de Paloche, quien aporta una mentalidad pacifista y reprocha al caudillo su actitud guerrera. Ante la vista de la destrucción inútil, de la muerte de sus seguidores y la derrota de su intento desesperado, Desiderio se quita la vida en el mismo campo de batalla.

El último tomo de la serie vuelve al tema revolucionario, con un sesgo bastante diferente: a partir de la ideología anarquista. Si el caudillo Desiderio todavía conservaba ideales patrióticos, en el *caso anarquista*, la subversión es solo un producto del resentimiento.

Las divergencias comienzan a partir de las características del jefe revolucionario: Germán Valverde. En su representación concurren varios conceptos caros al naturalismo, particularmente la importancia de la herencia; que sumada a la influencia del ambiente que ha rodeado a este *tipo humano*, proporcionan una explicación sobre la personalidad de este particular conductor.

Desde su nacimiento, Germán está condenado: la madre era una prostituta y el padre, de quien solo recibe una carta ya en su adolescencia, fue un ser amoral –a pesar de su profesión de médico–.

La novela nos ha relatado ya la historia de Clarisa Paloche, la hija de Manuel de Paloche que, seducida y abandonada por Enrique Valverde, se ha dedicado a la prostitución y se enamora de Genaro, a quien acompaña en sus últimos años de decadencia. La existencia de su hijo solo se conoce en el último tomo de la serie.

El padre, conocido por la actividad de seducir y luego abandonar a jóvenes pobres, toda su vida ha sido enemigo de Carlos Méndez (ya mencionado como personaje eje del relato), con quien se ha batido a duelo. También fue enemigo de Genaro, pues sedujo a su joven hermana, luego asesinada por el mismo Genaro. Este personaje, erigido en antihéroe a lo largo de la obra, envía a su hijo un largo texto que no hace sino profundizar las inclinaciones hacia el mal que la dura infancia padecida le había provocado: “¡¡¡No perdones, ni manches con vulgares deliquios la soberbia homicida de tu prosapia!!!” [V, cap. IV].

Germán dirige su odio hacia los ricos y poderosos, a los que ve disfrutando de una felicidad y de un bienestar que a él y a tantos les es negado. Dedicó su vida, entonces, a proclamar las ideas anarquistas.

Es interesante notar cómo llega a conocer dichas ideas: a través de ¿uno o varios? libros. El narrador dedica extensos párrafos a glosar las ideas de Bakunin, donde la historia de la humanidad es vista como una larga cadena de oprobios donde los poderosos (tanto los Estados como la Iglesia) han sometido a los pueblos.

Convencido y ferviente difusor de la ideología anarquista, el muchacho presenta a los trabajadores la realidad de sus vidas: las enfermedades causadas por el trabajo, la falta de atención a la salud, la actitud inmisericorde de los patrones. De este modo, logra seducir a muchos para quienes la revuelta es la única salida.

Como planteábamos anteriormente, este revolucionario no lo es por motivos altruistas (a la manera del radical Desiderio), pues su único sustento es el odio. No intenta redimir a los pobres sino castigar a los poderosos. En él, la opción por el anarquismo no se debe a convicciones fundadas en la razón; nace a partir de profundos resentimientos no ya de clase sino

puramente individuales. De este modo, la revolución proclamada por los ácratas se presenta desde sus orígenes como espuria, en tanto no se funda en verdaderos motivos humanitarios.

III. Mujeres *perdidas*

La problemática de la prostitución, paralela al fuerte crecimiento demográfico de las grandes ciudades, constituye un tópico común en los textos de la época⁴. La perspectiva adoptada por el narrador consiste en atribuir a la miseria de las condiciones de vida de las clases populares, la responsabilidad de esta situación en la que terminan muchas jóvenes mujeres:

Yo las he visto por la calle descalzas, con el vestido de zaraza desgarrado, flacas, con la mano extendida para pedir limosna, paradas en las esquinas con el rostro enjuto y sucio, temblorosas y sin amparo, flores entristecidas, mustias delicadezas, hasta que encuentran un bandido cualquiera que las tumba de un empujón sobre una cama y les roba las honra, ¡para que más tarde sean las diosas pálidas y llenas de lacras de los gineceos! [IV, cap. II].

Pues además, y sin encontrar en ello contradicción, se postula la presencia de un seductor, especie de figura maligna que ronda los suburbios y causa la “perdición” de las hijas de obreros, como sucedió con Clarisa Paloche seducida por Enrique Valverde.

Clarisa es en realidad una “erotónoma”. El narrador-autor, desde la autoridad que se arroga a partir de sus conocimientos de medicina, clasifica a sus personajes según las desviaciones psíquicas que los marcan. Clarisa es hija de Manuel de Paloche, un “logomaníaco”; su madre es una demente; su hermano

⁴ La novela *Irresponsable* (1889), de Manuel Podestá, se extiende largamente sobre el tema.

Juan, un asesino y hasta Adela, que parecía ser la única de la familia sin ningún problema, finalmente se revela también como portadora de un desequilibrio mental, es una “mística”.

El relato se detiene en la atracción que sobre Clarisa ejerce la *mala vida*, a la que se entrega casi compulsivamente: “La orgía tiene cantos de sirena y se volvió a apoderar de su cuerpo” [II, cap. VIII]. Ni aun el amor por Genaro logra arrancarla de su situación, ya que en realidad Genaro no la ama, sino que se degrada junto a ella.

La *gran prostituta* en la novela solo aparece en el último tomo: es Goga. La denominamos de esa manera pues se trata de un personaje con una trayectoria diferente de la del resto. En un primer momento, agradecida y enamorada de Germán Valverde, vive con él mientras desempeña su oficio. Ella se encarga de corromper a las jóvenes humildes; se contacta con hombres de todas las posiciones sociales, a quienes conquista por su notable belleza. Es una suerte de ángel del mal, que entra en contacto con Dolores del Río, cuando ambas se encuentran y en cierto modo se disputan el alma de una jovencita.

Sobre ella, Dolores ejerce la atracción de su bondad y caridad; Goga se muestra a la vez seducida y agresiva. Sin embargo, lentamente va “convirtiéndose” hasta advertir a Dolores del peligro que corren ella y su familia.

Herida por defender a su hombre, es cuidada por la familia Méndez, y antes de morir se produce su final conversión, no solo en el sentido religioso sino moral.

En Goga, el narrador presenta una criatura cuya conducta es efecto del profundo abandono material y espiritual en que nació y se crió, alguien surgido de la calle, que no ha conocido los cuidados ni el amor de una familia, y por ese motivo solo cree en el odio que reina entre los oprimidos, bandera permanentemente agitada por su amante.

Dos generaciones de mujeres perdidas: Clarisa, madre de Germán; jamás logra salir de su situación y es incapaz de dar amor a su hijo; Goga, en cambio, presenta la posibilidad de un cambio puramente individual, producido casi en el momento de la muerte. Conversión que es posible ya que hay en ella cierta capacidad de amor desinteresado, puesto de relieve en su acción de salvar a Germán y poner su cuerpo para recibir la bala que le estaba destinada.

El problema planteado está intacto: un destino individual no modifica en nada la situación de la mujer humilde, víctima de su fragilidad psíquica y social.

El afán del narrador por decirlo todo, y de todos los modos posibles, lo lleva a sumar al planteo rígidamente determinista que encasilla al personaje de Clarisa, una nueva perspectiva donde la conjunción de las dos mujeres: Goga y Dolores (esta a su vez construida a partir de sus propios antecedentes de excelencia moral y social), permite una modificación en un destino presuntamente inmutable.

Conclusión: Males sociales y políticos

En el heteróclito universo de la novela, hemos rescatado diversos *tipos humanos*, algunos de ellos caracterizados por su marginalidad en relación con un pensamiento hegemónico determinado desde la posición del narrador omnisciente. Se trata de un pensamiento donde se conjugan saberes y opiniones propios del horizonte cultural de entre-siglos, y una posición personal que oscila entre el regocijo ante la modernidad creciente y el lamento por el pasado y los valores perdidos.

Los personajes revolucionarios involucionan: de Desiderio, en quien se reconocen rasgos de nobleza y hombría de bien, hasta Germán Valverde, que no duda en herir a su mujer al sentirse

traicionado por ella. La curva descendente que, a partir de Mayo, culmina con el odio de los más desheredados entre los pobres, seguidores irracionales de un caudillo sangriento, marca la pérdida moral sufrida por el país.

Por otro lado, la denuncia sobre la cuestión social se hace más patente en relación con la situación desprotegida de mujeres y niños. En algunos momentos de la novela se advierten algunos llamados tanto hacia los gobernantes como hacia los poderosos en general. La prostitución convierte a las mujeres en víctimas de una organización de la sociedad en la que no les es dado intervenir; por ello la salvación solo puede darse a nivel individual.

Sin embargo, el final de la novela, que muestra la pareja conformada por Angélica Méndez y Elbio Errécar, hijo de un inmigrante honesto y trabajador, convertido también en médico, parece anunciar un futuro promisorio. La unión entre las tradiciones preservadas por la joven y la energía más el conocimiento del nuevo profesional constituye un aporte que incorpora al imaginario nacional la posibilidad de una continuidad de valores, paralela a un crecimiento y progreso del país.

El prólogo del último tomo constituye una suerte de manifiesto de parte del escritor, quien critica a la vez a la nueva sociedad y a los escritores contemporáneos. Considera que el presente es blando (“gelatinoso”), y los escritores deben, en contraste, ser “combatientes” y no “degenerados”. Postula para ello la recuperación del pasado, el regreso “a lo que queda en la historia, a todo lo que sin mancha traspone los tiempos y cubierto de polvo vive todavía salvado por el recuerdo” [V, V, Prólogo].

La nación así postulada estaría conformada, entonces, por la conservación/ el rescate de valores tradicionales en paralelo con una lectura científicista de la sociedad. De allí el carácter

modelizador de la pareja ya mencionada, que sintetiza en la ficción las ideas del médico-escritor* .

Bibliografía

DEL MAZO, GABRIEL, comp. y pról. 1984. *Yrigoyen: Su pensamiento vivo*. Avellaneda: Pequén Ediciones.

Diccionario de la lengua española [RAE]. 1992. 21º ed. Madrid: Real Academia Española.

SICARDI, FRANCISCO. 2000. *Libro extraño (1894-1902)*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Disponible en: <bib.cervantesvirtual.com/...>

* Inicio de evaluación: 02 nov. 2015. Fecha de aceptación: 29 dic. 2015.